



Facultad de Psicología
UNR Universidad
Nacional de Rosario

El juego entre el duelo y la muerte

**Un abordaje psicoanalítico ante pérdidas de figuras significativas
en las infancias**

Trabajo Integrador Final

Ensayo

Autora: Ramos, Martina Azul

Legajo: R-5952/8

DNI: 44021802

Docente responsable: Duggan, Soledad

Año: 2026

Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
Cuando la pérdida no tiene palabras: El duelo en la infancia.....	5
El juego como vía de simbolización y tramitación.....	7
Sostener el juego, sostener la pérdida: El lugar del analista y la familia.....	11
Referencias Bibliográficas.....	17

Resumen

El presente Trabajo Integrador Final aborda la relación entre juego y duelo en las infancias desde una perspectiva psicoanalítica. A partir de la consideración del duelo como una experiencia inherente a la condición humana, se examinan sus particularidades cuando acontece en la niñez, partiendo de la hipótesis del juego como mediador para la elaboración de la pérdida, puntualizando en la irrupción que genera la muerte de una figura cuidadora o significativa en la vida del niño/a y su posible estatuto traumático. Para ello, se retoman los aportes de Freud, Lacan, Allouch y Winnicott en torno al duelo y al juego, junto con contribuciones contemporáneas de Bruner, Bugacoff y Szewach, los cuales asimilan el “trabajo de juego” al del duelo. En este recorrido se subraya la importancia de las funciones de sostén ejercidas por los adultos/as y el rol del analista en el trabajo clínico con un niño/a en proceso de duelo. Finalmente se concluye que no existe una única forma de transitar el duelo, sino múltiples modalidades singulares de elaboración. En este contexto el juego se constituye como una vía privilegiada para su tramitación en las infancias, en tanto ofrece un espacio donde la ausencia puede ser representada, los afectos ligados a la pérdida encuentran formas de expresión y aquello que inicialmente se presentaba como imposible de simbolizar, puede comenzar a inscribirse en un trama de significaciones.

Juego - Duelo - Pérdida - muerte - Figuras significativas

Introducción

Hay dolores que no tienen palabras, solo gestos, silencios o juego. Hay despedidas que no se comprenden y una espera que se vuelve eterna. Cuando un niño pierde a quien lo sostenía, el mundo se vuelve demasiado grande, y el lenguaje demasiado pequeño.

El duelo es, ante todo, una experiencia universal: todo sujeto, en algún momento de su vida, se enfrenta a la pérdida, ya sea de un ser querido, un vínculo, una etapa vital o una ilusión. Si bien el duelo nos iguala como condición existencial, los modos de atravesarlo y tramitarlo son siempre singulares. Desde esta premisa, el presente TIF se propone explorar de qué manera la experiencia lúdica en las infancias puede operar como mediador frente a la pérdida.

En este marco, se considera que lo simbólico, aun cuando constituye un modo fallido de trabajo sobre lo real, representa una herramienta fundamental, en tanto posibilita hacer algo con ese vacío que la pérdida de objeto deja en lo real. Fallido, porque el significante, por más esfuerzo que realice, nunca puede decirlo todo. En este punto, se plantea que, si bien el juego, en tanto producción simbólica, no garantiza la elaboración del duelo, puede funcionar como una vía de tramitación.

La muerte de una figura significativa en la niñez, no es solo la desaparición de una persona, sino la irrupción de un agujero en la estructura psíquica, que deja al sujeto frente a preguntas sin respuesta. Adriana Bugacoff y Cynthia Eva Szewach, en *Infancias en duelo* expresan que:

La muerte supone siempre un vacío de experiencia. La niñez es ajena a la significación de la muerte, desconoce la diferencia entre una desaparición provisoria de un cuerpo y otra definitiva. Menos aún está a su alcance la noción de desaparición total, es decir, aquello que nombramos como “segunda muerte”. Con el auxilio de las narraciones míticas, las ficciones, el juego, los desconocimientos y las desmentidas, se bordea el agujero en lo real que la ausencia de un ser esencial deja, y con eso queremos destacar que no solo es una ausencia que no se resuelve, sino que más bien se la construye (p.67).

En este recorrido se articulará un marco teórico sólido de producciones psicoanalíticas en torno al duelo, al juego, y al trabajo clínico analítico con las infancias. El trabajo se interroga acerca de cómo el niño o la niña elaboran psíquicamente una pérdida significativa para su vida, y cuál es la función que el juego adquiere en dicho proceso. Esta pregunta surge a partir de que, si bien el niño/a puede no contar aún con los recursos discursivos necesarios para simbolizar plenamente aquello que se pierde, si dispone otras vías de expresión subjetiva, entre las cuales el juego ocupa un lugar privilegiado.

Se intentará indagar acerca de las vicisitudes específicas que atraviesa el duelo en la época infantil, así como la función estructurante del juego en el psiquismo y el modo en que

este opera como mediador frente a la pérdida. Asimismo, se abordará el rol fundamental que cumplen la familia y el analista en el acompañamiento y sostenimiento de dicho proceso.

El objetivo consiste en dar cuenta de cómo la clínica psicoanalítica con niños/as se posiciona desde una perspectiva que contemple y resguarde la singularidad de cada sujeto, habilitando un espacio donde el sufrimiento pueda encontrar, a través de la ficción y lo lúdico, una vía posible de expresión y elaboración.

En cuanto a la modalidad elegida, este trabajo se inscribe en la forma del ensayo. Esta elección responde a una decisión metodológica coherente con el objeto abordado. El ensayo habilita así una lógica reflexiva que acompaña la complejidad del duelo, haciendo lugar a preguntas que no buscan cerrarse, sino desplegarse en diálogo con el marco teórico elegido.

Cuando la pérdida no tiene palabras: El duelo en la infancia

La dimensión intolerable, en sentido estricto, que se presenta a la experiencia humana, no es la experiencia de nuestra propia muerte, que nadie la tiene, sino la de la muerte de otro cuando es para nosotros un ser esencial

J. Lacan

La experiencia de la pérdida atraviesa a los sujetos desde los inicios de la vida psíquica, constituyéndose como una dimensión inherente a la existencia humana. En este sentido, no hay vida subjetiva que no se encuentre marcada, de algún modo, por la pérdida.

Desde la perspectiva psicoanalítica, el tema del duelo fue abordado por Freud, en su escrito *Duelo y melancolía* (1917/1979) lo define como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (p.241).

Lo describe como un afecto normal, y sostiene que, frente a la pérdida, el trabajo de duelo exige el desinvertimiento libidinal de aquel objeto que ya no está en la realidad. Este trabajo se ejecuta pieza por pieza y conlleva un gran gasto de tiempo y de energía. Los recuerdos y las expectativas que sostienen la ligazón con el objeto son sobreinvertidos, al sujeto “no le interesa nada que no tenga relación con el objeto perdido”. En consecuencia, no muestra interés por el mundo exterior, se encuentra imposibilitado de elegir un nuevo objeto de amor y su yo queda inhibido, dando cuenta de que está completamente abocado al trabajo de duelo (Freud, 1917/1979). Una vez finalizado este proceso, el yo vuelve a quedar disponible para invertir libidinalmente nuevos objetos.

Ampliando esta perspectiva, Jacques Lacan, en el seminario X *La Angustia* (Lacan, 1962-63/2006) sostiene que “solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decir *yo era su falta*.” (p.155). Para Lacan (1962-63/2006) y Allouch (1996), lo que se pierde en el duelo no es solamente a la persona amada, sino también un lugar. Más específicamente, se pierde el lugar de objeto causa del deseo; se pierde a ese Otro al que se le “hacía falta”, siempre y cuando el sujeto haya podido ser previamente perdido como objeto de goce.

A partir de la delimitación del carácter ineludible del duelo, surgen diversos interrogantes en relación con su presentación en las infancias: ¿El trabajo de duelo se configura del mismo modo en niños/as y adultos/as? ¿Existe en la niñez una comprensión de lo que implica la muerte? ¿De qué manera puede habilitarse y transitarse el trabajo de duelo en los primeros años de vida?

Estas preguntas remiten necesariamente a la concepción misma de infancia que se adopte, destacando el entramado singular que posee cada sujeto:

Infancia, entendida como un proceso de construcción subjetiva que se halla inmerso en un universo organizado simbólicamente y construido fundamentalmente por la relación del niño con el adulto que lo construye, es necesario considerar de manera particular la historia y las condiciones institucionales en donde ésta se despliega” (Dueñas, G p.1)

Es imperante que la elaboración de las pérdidas en las infancias no puede comprenderse únicamente desde criterios evolutivos o cronológicos, sino en relación con el momento de constitución subjetiva en el que se encuentra el niño/a. Si bien existen tiempos lógicos en la estructuración psíquica, éstos no se corresponden de manera lineal con la edad cronológica. En este sentido, el impacto subjetivo que una pérdida produzca estará ligado a las operaciones psíquicas que hayan podido constituirse hasta ese momento.

Beatriz Janin en *El sufrimiento psíquico en los niños* (2010) trabaja acerca de cómo son los padres quienes erotizan, delimitan, portan normas, ideales, transmiten la cultura y son los modelos de identificación y los objetos de amor y odio. Es en este sentido, poseen un poder estructurante fundamental sobre el psiquismo infantil. El niño/a, como aparato psíquico en construcción, irá organizando diferentes modos de reacción frente a los otros, y de defensa frente a sus propias pulsiones.

A partir de ello, resulta necesario diferenciar las pérdidas contingentes (aquellas que ocurren a lo largo de la vida) de la pérdida originaria, que posee un lugar central en la constitución psíquica al fundar el deseo y habilitar el encuentro con objetos sustitutos. En esta línea, la teoría kleiniana conceptualiza una primera operatoria de pérdida como un verdadero duelo que tiene lugar durante el primer año de vida (Klein, 1940).

Asimismo, resulta importante considerar la forma en que la muerte irrumpió, el vínculo que lo ligaba con ausente (madre, padre, hermanos) y el momento subjetivo en que dicha irrupción lo sorprende. Frente a este agujero que afecta, desequilibra y trae preguntas, cobran relevancia las escenas suspendidas y el lugar que se ocupaba para aquella persona que ya no está más.

Ante la muerte de una persona amada, nos encontramos con una imposibilidad de inscripción del significante "muerte" en el psiquismo humano, tanto para adultos/as como niños/as. Sin embargo, es fundamental distinguir que existen divergencias cualitativas entre el procesamiento de la pérdida en la adultez y en las infancias. Adriana Bugacoff y Cynthia Eva Szewach, en *Infancias en duelo* (2023) expresan que cuando la muerte irrumpe en la niñez, implica “atravesar por una experiencia extrema producida por el doloroso y prematuro encuentro con lo insustituible y con la constatación de una temporalidad definitiva relacionada al “para siempre” o al “nunca”. (p.16).

Nadie puede aprehender la significación de la muerte. Cuando se trata de niños/as, queda más en evidencia esa significación en falta y la intervención de la desmentida hace lo

suyo. La desmentida forma parte del tránsito de toda infancia, y es a su vez, una de las operatorias o figuras presentes en tiempos del duelo, una manera de velar la imposibilidad de un retorno. La *Verleugnung*, está destinada a preservar una creencia: aquello que no está, aún está (Bugacoff y Szawach, 2023).

En términos de infancias, fue transmitido en especial por Octave Mannoni, y ha dejado un legado a partir de la frase “Ya lo sé, pero aun así...” En esa formulación se mantiene un levantamiento y al mismo tiempo se juega la conservación de una parte de la creencia. Mannoni, (...) agrega que la creencia supone siempre el soporte del (Otro) otro, alguien. En este sentido el duelo y las formas de la desmentida o la desestimación se encuentran en una relación particular al Otro y también a los modos en que se van articulando la creencia, la decepción o su descrédito (Bugacoff y szewach, 2023, p.34)

A partir de estos desarrollos, puede pensarse que en las infancias la desmentida no constituye simplemente un mecanismo defensivo patológico, sino un modo posible de responder frente a aquello imposible de simbolizar completamente. En este sentido, el “ya lo sé, pero aun así...” da cuenta de la coexistencia entre un saber sobre la pérdida y la persistencia de una creencia que intenta sostener la presencia de aquello perdido, de la insistencia a la espera de un retorno. Así, el duelo infantil pone en evidencia no sólo la dificultad de aprehender la significación de la muerte, sino también la dependencia del niño/a respecto del Otro para construir modos posibles de significar la ausencia y tramitar la pérdida.

Bugacoff y Szewach desarrollan que, ante estas circunstancias, quizá sea factible relativizar o enigmatizar más esa supuesta tensión, entre aquello que no tiene sustituto posible y el valor de transferir a otra persona la función de algunos cuidados o transmisiones que requieren ese tiempo de la vida. “La pregunta sería ¿cómo inscribir o escribir lo insustituible del objeto, en tiempos donde una función (lo materno, o paterno) es constituyente y se requiere, por ende, ese lugar que pueda ser ocupado?” (p.16).

El juego como vía de simbolización y tramitación

Encontrar, acoger, reconocer lo ausente.

Esa capacidad poco común... de transformar en terreno de juego el peor de los desiertos.

Michel Leiris.

¿Qué nos dice un niño/a cuando juega? Más que un pasatiempo, el juego constituye un modo de hablar. Un niño/a habla dibujando, jugando, actuando; allí se expresa lo que no logra poner en palabras. Pero este hablar sólo es posible si encuentra un Otro que habilite un lugar vacío, no un vacío de la nada, sino sostenido por un orden simbólico que lo espera.

Ese espacio, lejos de estar colmado por demandas, permite que el niño/a se ubique como sujeto en constitución.

En *Más allá del principio del placer*, Freud (1920/1979) describe el juego del Fort-Da, para mostrar que jugar no constituye una actividad banal. Observa que un niño poseía el hábito de arrojar lejos de sí los objetos que tenía a su alcance y, al hacerlo, pronunciaba un prolongado “o-o-o-o”, que Freud interpretó como “fort” (se fue). Intrigado por esta conducta repetitiva, señala: “al fin caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que se iban” (Freud, 1920/1979, p. 15). Posteriormente corroboró esta hipótesis al observar cómo el niño utilizaba un carretel de madera atado a una cuerda. Lo arrojaba detrás de la baranda de su cuna, haciéndolo desaparecer de su vista, para posteriormente hacerlo reaparecer, tirando del hilo y junto a la exclamación “da”(acá está).

El proceso completo consistía en hacer desaparecer y reaparecer el objeto, siendo este segundo momento el que producía mayor satisfacción. Al lanzar y recuperar el carretel, el niño ensaya la pérdida, simboliza la ausencia y tramita la frustración frente a la separación materna. Freud señala que: “el niño convirtió en juego esa vivencia a raíz de otro motivo. En la vivencia era pasivo, era afectado por ella; ahora se ponía en un papel activo repitiéndola como juego” (Freud, 1920/1979, p. 16). Lo central del juego no radica en el triunfo, sino en la posibilidad de representar la falta.

Freud sostiene además que los niños/as repiten en sus juegos aquellas experiencias que les han causado una fuerte impresión, descargando así la intensidad afectiva ligada a la experiencia traumática. En articulación con ello, Clemencia Baraldi, en *Jugar es cosa seria* (2021) plantea que: “El sujeto repite para volver a lo mismo de otra manera. Hacer activamente lo que se sufrió pasivamente es lo que da la ocasión a la elaboración de múltiples situaciones traumáticas o conflictivas” (p.32). Profundizando esta idea explica: “Es por la vía de la repetición que lo insoportable puede tener alguna inscripción que posibilite salir de la estupefacción, permitiendo enhebrar lo que precisamente queda por fuera del placer” (p. 33).

La repetición lúdica no implica una mera reproducción mecánica del sufrimiento, sino la posibilidad de transformarlo psíquicamente. Esta distinción resulta particularmente relevante en la problemática planteada, una de las primeras apreciaciones que deben realizarse consiste en ubicar si el niño/a ha ingresado o no en el campo simbólico, es decir, si existe la posibilidad de simbolizar mediante el juego.

Por su parte, Donald Winnicott (1988), en *Realidad y juego*, conceptualiza el jugar como una actividad que acontece en un espacio transicional, intermedio entre la realidad interna y la realidad externa. Se trata de una zona de experiencia donde el niño puede simbolizar, crear y desplegar su mundo subjetivo. El jugar se sitúa en una tensión

permanente entre el síntoma y la sublimación, constituyéndose como una experiencia creadora que favorece la apropiación subjetiva de la experiencia.

Finalmente, ya en *El creador literario y el fantaseo* (1908/1979), Freud establece una estrecha relación entre el juego y la creación, sosteniendo que el niño/a se comporta como un poeta. Al jugar crea un mundo ficcional investido afectivamente, donde pone en escena fantasías, deseos y conflictos. En este sentido, puede pensarse al niño/a como un artista que, a través de la escena lúdica, produce modos singulares de representación. Allí radica también la importancia clínica del juego: en la posibilidad de leer, escuchar y alojar aquello que el niño/a expresa mediante sus ficciones.

Si el juego constituye una vía privilegiada de simbolización, resulta necesario preguntarse ¿Qué sucede cuando el niño se enfrenta a experiencias que exceden sus capacidades de representación? Hay determinados acontecimientos que por su intensidad afectiva o por las condiciones en que irrumpen, producen una ruptura en la continuidad de la experiencia subjetiva y desafían los recursos psíquicos disponibles para su elaboración.

Comprender la función que adquiere el juego frente a situaciones traumáticas, requiere considerar previamente las condiciones de dependencia y vulnerabilidad que caracterizan a las infancias. A diferencia del adulto/a, el niño/a se encuentra atravesado por una situación estructural de desvalimiento que lo vuelve especialmente dependiente de las figuras encargadas de su cuidado y protección.

En este sentido, Janin en *El sufrimiento en los niños* (2010) sostiene que la constitución subjetiva, no se produce de manera autónoma, sino en el marco de una profunda dependencia respecto de los otros significativos. La madre, o quien ocupe esa función, ejerce inicialmente un poder casi absoluto al otorgar sentido a sus gestos, llantos y necesidades. Por ello, las alteraciones que afectan a estas figuras de cuidado tienen consecuencias que exceden el acontecimiento objetivo y alcanzan las bases mismas de la organización subjetiva.

Las situaciones traumáticas pueden generar efectos diversos según los recursos psíquicos disponibles y las posibilidades de elaboración que encuentre cada niño/a. Sin embargo, existe un elemento común: la irrupción de algo que no logra ser integrado a las redes de representación ya existentes. En estas circunstancias, el trabajo de simbolización se ve exigido por la necesidad de otorgar algún sentido a aquello que aparece como excesivo o incomprensible.

Los desarrollos freudianos permiten profundizar esta cuestión. En *Más allá del principio del placer* (1920/1979), Freud establece una distinción entre el miedo, que supone la referencia a un objeto determinado, y el terror, entendido como el estado en el que el sujeto se encuentra al verse confrontado con un peligro para el cual no estaba preparado ni prevenido. Desde esta perspectiva, la pérdida temprana de una figura cuidadora puede ser

concebida como una experiencia traumática, en la medida en que enfrenta al sujeto con un acontecimiento que irrumpe sin posibilidad de anticipación y para el cual carece de recursos psíquicos. Más aún, en numerosos casos, dicha pérdida se presenta como una eventualidad cuya posibilidad misma resultaba desconocida para el sujeto.

Frente a estas situaciones, la escena lúdica permite recrearlas, distribuir personajes, ensayar desenlaces y producir versiones posibles de aquello que ha sido vivido. No se trata de reproducir literalmente el acontecimiento traumático, sino de construir una mediación simbólica que posibilite su elaboración.

La función del juego, precedentemente explicada, se vincula estrechamente con los procesos de duelo, específicamente cuando el sujeto se enfrenta a pérdidas significativas. Norma Bruner en *luto y melancolía en la infancia*, problematiza la relación entre el “trabajo del duelo” y el “trabajo del juego”. La autora denomina “trabajo de juego” a las operaciones psíquicas mediante las cuales el juego alcanza una “formación”, otorgándole un estatuto equivalente al de las formaciones del inconsciente. Señala que:

En ambas el trabajo es lento, pieza a pieza, cual rompecabezas a desarmar y volver a armar. En ambas lo doloroso, lo impresionante, se transforma al servicio del principio del placer en ganancia de placer. Ambas están al servicio del dominio yoico (Bruner, 2002).

Asimismo, sostiene que la diferente posición frente a la muerte entre el niño/a y el adulto/a da como resultado que el trabajo de duelo se realice por vías distintas, planteando al juego como la vía privilegiada donde el duelo acontece en la infancia. Cuando el lenguaje y la simbolización verbal no alcanzan, el juego asume la función de formación del inconsciente.

La autora retoma esta problemática en *Juego y melancolía (2013)*, donde plantea que el trabajo de juego, al igual que el trabajo de duelo, convoca la respuesta de lo simbólico ante la falta en lo real, y señala que el fin del duelo implica el pasaje del sujeto hacia una posición deseante, aceptando la pérdida de una parte de sí.

Allí donde la ausencia podría experimentarse únicamente como vacío o desorganización, la actividad lúdica permite construir representaciones que contribuyen a otorgarle un lugar dentro de la historia subjetiva. El niño/a no juega para olvidar aquello que perdió; juega para encontrar modos posibles de relacionarse con esa ausencia.

En consonancia con estos desarrollos, Gamsie (2017, como se citó en Bedini, 2023) expresa que:

En la mayoría de los casos, no abundan las palabras esclarecedoras para el niño en relación con la desaparición de la persona amada. Por consiguiente, los encuentros clínicos con niños que

han atravesado una pérdida significativa contribuirán, precisamente mediante la metaforización que la escena lúdica promueve, al armado de los rituales necesarios para acompañar esa muerte (p.111).

Esta observación resulta particularmente relevante si se considera que la muerte suele presentarse para los niños/as como un fenómeno enigmático. Las posibilidades de comprender su carácter irreversible dependen tanto del momento evolutivo como de las significaciones que circulan en el entorno familiar y social. En numerosas ocasiones, los niños/as perciben los cambios producidos por una pérdida mucho antes de poder explicarlos conceptualmente.

En este sentido, las escenas lúdicas permiten expresar preguntas, temores, fantasías y preocupaciones vinculadas con la ausencia de la persona fallecida. La repetición de determinadas historias, la aparición recurrente de ciertos personajes o la representación insistente de separaciones y reencuentros pueden constituir intentos de elaboración.

Por su parte, Bugacoff y Szewach (2023) destacan que el juego puede operar como un verdadero ritual simbólico frente a la pérdida. “Los juegos, los dibujos, los sueños y los relatos de los niños conservan restos de aquello que la muerte no logró terminar de arrancar. Muchos de esos juegos o dibujos pueden ser una suerte de rituales desacralizados” (p. 27).

El trabajo de duelo no implica únicamente aceptar una ausencia, supone también reorganizar el lugar que esa persona ocupaba en la propia historia y construir nuevas formas de relación con su recuerdo.

Sostener el juego, sostener la pérdida: El lugar del analista y la familia

La clínica con niños y niñas atravesados por pérdidas significativas exige interrogar no sólo el lugar del juego, sino también la posición de quienes acompañan esos procesos: la familia y el analista. Pensar en las infancias en duelo implica considerar la incidencia del Otro, ya que siempre existe alguien que transmite sentidos, narraciones y significados acerca de la muerte y la pérdida.

En este marco, la participación de las figuras de cuidado durante el proceso analítico se considera fundamental. Su función no se reduce exclusivamente al acompañamiento emocional, sino que involucra también la posibilidad de alojar el sufrimiento del niño/a, construir sentidos posibles frente a la pérdida y sostener un trabajo articulado con el analista. La muerte de una figura significativa no afecta únicamente al infante, sino también a quienes permanecen a su alrededor, y particularmente a quienes se encuentran abocados a su tarea de cuidado. Por ello, el trabajo clínico requiere considerar las marcas subjetivas que la pérdida produce en toda la trama familiar.

En muchas ocasiones, la muerte irrumpe de manera abrupta y el niño/a se encuentra con relatos fragmentarios, silencios o versiones contradictorias acerca de lo sucedido. Bugacoff y Szewach amplían:

nos permite ubicar ciertos aspectos estructurales presentes en los procesos de duelo la hiancia entre el ver y el contar, el atravesamiento por los desfiladeros del otro que escucha, interpreta, traduce y la inadecuación entre las palabras y la muerte. Encuentro temprano con la muerte y encuentro retroactivo con las palabras en falta, que el tiempo del análisis a veces permite situar. En ese “carácter discontinuo del duelo”, palpitan intermitencias en la temporalidad de lo diverso y lo singular (p.13)

En la misma línea, Janin en *El sufrimiento psíquico en los niños* (2010) plantea que la construcción de redes representacionales depende de la presencia de un Otro capaz de ofrecer un espacio psíquico donde esas representaciones puedan constituirse. Sin embargo, para que ello sea posible, los adultos/as deben poder tolerar aquello que el sufrimiento infantil despierta en ellos mismos.

Desde esta perspectiva, los encuentros con un analista pueden ofrecer al niño/a un espacio donde aquello que no encuentra lugar en otros ámbitos pueda comenzar a ponerse en movimiento. Muchas veces, los pares desconocen el dolor ligado a la muerte o quedan igualmente impactados por ella; otras veces, los adultos/as cercanos se encuentran demasiado afectados para sostener una escucha posible. En este marco, la escena analítica puede constituirse como un lugar donde el sufrimiento encuentre alguna vía de expresión y elaboración.

Asimismo, resulta fundamental considerar la dimensión temporal de la intervención. Janin (2010) sostiene que lo temprano no debe entenderse exclusivamente en términos cronológicos, sino como la oportunidad de intervenir cuando algo del sufrimiento encuentra condiciones para ser alojado.

Pensar las infancias en plural implica reconocer que cada niño/a transita la pérdida de manera singular, en función de su historia, sus recursos psíquicos, las coordenadas familiares y el modo en que la muerte ha sido significada en su entorno. Desde esta perspectiva, el abordaje clínico no se reduce únicamente al vínculo entre el analista y el niño/a, sino que requiere también un trabajo con la familia que permita situar las condiciones subjetivas y contextuales en las que transcurre su vida., y pensar las intervenciones desde una mirada que no se reduzca al uso de etiquetas o diagnósticos que obturan la singularidad del sujeto, sino orientado a habilitar la palabra del niño/a y las producciones propias de cada uno.

Desde la clínica psicoanalítica con niños/as, la eficacia analítica del juego en transferencia requiere un posicionamiento particular por parte del analista. Tal como señala (Beisim,1994, citado en Cala, 2020):

Si la transferencia se establece con el juego y por ende, no con la persona del analista, sino con la persona que le toca al analista y al niño/a en la escena, la significación debe dirigirse a la escena lúdica misma. La posición del analista supone abstenerse de establecer una significación representativa, y sostener la ley del juego (p.137)

En este punto, la abstinencia analítica adquiere una relevancia central. Se trata de evitar imponer significaciones cerradas o representaciones acabadas sobre aquello que el niño/a produce en el juego.

En esta misma línea Tkach (2000) sostiene que el juego no es simplemente una herramienta utilizada al servicio del análisis, sino un dispositivo mediante el cual algo puede acontecer. El autor cuestiona incluso la denominación “hora de juego”, ya que reduciría el espacio analítico infantil a una actividad lúdica en sí misma. Al respecto, afirma: “El psicoanálisis se sirve del juego para su propio fin. (...) Freud decía que al niño había que prestarle palabras: también es necesario introducir objetos intermediarios para que juegue” (Tkach, 2000, p. 5). Asimismo, agrega que: “En ese sentido el juego es un dispositivo que hace trabajar al inconsciente, lo hace producir. Es el trabajo de interpretación el que lo devuelve a palabras” (Tkach, 2000, pp.16-17).

El posicionamiento del analista se caracteriza por una función de alojamiento y escucha, orientada a sostener un encuadre que posibilite la emergencia de la palabra y el juego. Sin ubicarse en el lugar de quien tiene el saber acerca del padecimiento del niño/a o imponer narrativas de superación. Por el contrario, el analista ofrece una presencia que potencialmente permite tramitar afectos, silencios y escenas lúdicas sin obturarlas de sentidos cerrados. En este sentido, su función en la clínica con un niño/a que se ha encontrado atravesado por la muerte de una figura significativa en su vida, consiste en acompañar el espacio, y que a través de las mediaciones que el juego ofrece, aquello que irrumpe como traumático pueda encontrar una inscripción posible.

Sin embargo, no debe ignorarse que jugar no siempre resulta sencillo. Existen niños/as con severas dificultades en su constitución subjetiva que no logran otorgar a los objetos un estatuto lúdico o que producen juegos donde no hay posibilidad de lazo con otros. En muchos casos, cuanto mayor es el deterioro subjetivo, mayor es también la imposibilidad de jugar. (Wolkowicz, 2005, citado en Baraldi, 2021)

Estas dificultades reafirman la importancia de profundizar el estatuto clínico del juego y la necesidad de una sólida formación teórica que permita al analista posicionarse frente a las modalidades lúdicas de cada niño/a. Tal como plantea Rodolfo (2013), “el trabajo clínico

implica observar en qué condiciones de jugar llega el niño/a, si puede desplegar escenas, construir ficciones o si, por el contrario, se encuentra impedido de hacerlo”.

En este sentido, la función del analista consistirá en sostener aquellas condiciones transferenciales capaces de “revivir, restaurar y poner en movimiento dicha capacidad dañada, lesionada o frenada” (Rodulfo, 2013, p. 182).

Para finalizar, resulta fundamental destacar que no existe una única manera de transitar un duelo, sino múltiples formas posibles de elaborarlo, tantas como sujetos lo experimentan. Cada pérdida adquiere una significación singular, configurada por la historia de quien la atraviesa, por los vínculos que lo constituyen y por los recursos simbólicos de los que dispone para hacer frente a aquello que irrumpe. Reconocer esta singularidad implica sostener una escucha atenta a las modalidades particulares mediante las cuales cada niño/a expresa y tramita su sufrimiento, evitando respuestas universalizantes frente a una experiencia tan íntima y compleja como la pérdida.

No obstante, es importante señalar que la función del juego en el análisis no supone una reparación total del desgarramiento subjetivo producido por la ausencia. Su alcance no reside en borrar la pérdida, restituir aquello que falta ni eliminar el dolor que la acompaña. Constituye sí, una técnica para que el duelo pueda acontecer. El juego ofrece un soporte simbólico, en ese trabajo conjunto entre el niño/a, la familia y el analista, se abre un espacio potencial, a partir de la posibilidad de producir nuevas significaciones allí donde la muerte había dejado un vacío imposible de nombrar completamente.

Desde una perspectiva lacaniana, la escena lúdica puede pensarse como un espacio sublimatorio que permite bordear la falta sin clausurarla, sosteniendo abierta la dimensión del deseo allí donde el sufrimiento amenaza con fijarse y cristalizarse. De este modo, el juego no cancela la ausencia, sino que posibilita nuevas formas de relación con ella, favoreciendo que el sujeto encuentre modos singulares de habitar aquello que ha perdido.

Reflexiones finales

A partir del recorrido realizado, se reconoce al juego con un rol estructurante en la elaboración del duelo infantil, especialmente cuando el sujeto se enfrenta a la pérdida de una figura cuidadora esencial. Resulta imposible soslayar su importancia como posibilitador de la construcción de sentido frente a una experiencia que, en su dimensión real, el niño/a no puede comprender ni representar.

El análisis del duelo infantil, desde una perspectiva psicoanalítica, permite destacar que la pérdida de un ser amado o de un lugar significativo produce efectos subjetivos aun cuando el niño/a no disponga plenamente de los recursos simbólicos para comprenderla. Lejos de considerarlo ajeno a la experiencia del duelo, los desarrollos trabajados permiten afirmar que existe un trabajo psíquico frente a la pérdida, aunque este se exprese mediante modalidades diferentes a las del adulto.

Este trabajo permite reconsiderar la manera en que se entiende la relación de las infancias con la muerte, especialmente a la ausencia de la comprensión de la irreversibilidad de la misma. Poniendo en primer plano el papel activo del niño/a en la construcción de sentido, destacando el lugar del juego como mediador fundamental para la elaboración subjetiva del duelo, analizándolo en conjunto a las condiciones simbólicas y vinculares necesarias para que el juego funcione como vía de elaboración. Asimismo, se destacó como la muerte de una figura de cuidado en la infancia, puede adquirir la característica de un hecho traumático cuando irrumpen de manera sorpresiva, y el valor que el juego y la repetición adquieren ante este escenario.

Dentro de este entramado, el juego se reveló como un mediador privilegiado, más que una actividad recreativa, sino como ámbito potencial de subjetivación y tramitación del padecer, mediante el cual el niño/a puede poner en escena conflictos, interrogantes, fantasías, y producir ritos ligados a la pérdida.

Se destacó la importancia de la función del Otro en los procesos de duelo infantil; el lugar de familia, redes de contención, y el rol del analista como aquel que sostiene un espacio de escucha y alojamiento subjetivo, respetando las singularidades y tiempos propios de cada sujeto. En este sentido la práctica clínica se posiciona como un ámbito potencial, que no busca colmar de sentidos todo accionar, sino favorecer a la continuidad del trabajo psíquico.

Finalmente, puede concluirse que pensar el duelo en las infancias implica reconocer la singularidad de cada experiencia subjetiva y la necesidad de evitar respuestas universales frente al padecimiento infantil. El psicoanálisis ofrece herramientas valiosas para comprender estos procesos, al considerar que no existe una forma única ni estandarizada de elaborar una pérdida.

Lejos de cerrar todos los interrogantes acerca de la cuestión, interesa dejar preguntas que siguen siendo relevantes en esta temática: ¿cómo transcurre el juego de duelo, en aquellos niños/as con patologías subjetivas severas? ¿Qué diferencias pueden encontrarse en la elaboración del duelo infantil según la estructura subjetiva de cada niño/a? ¿Cómo se manifiestan las dificultades en la tramitación del duelo cuando el juego aparece inhibido o empobrecido? ¿Qué efectos produce el silenciamiento familiar respecto de la muerte o de la pérdida en los procesos de elaboración psíquica del niño/a?

Referencias Bibliográficas

- Allouch, J. (1996). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Bedini, Gabriela. (2023). *Pérdidas en juego: el trabajo de duelo en la clínica con niños*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología – Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires
<https://www.aacademica.org/000-009/323>
- Baraldi, C. (2021) *Jugar es cosa seria*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Bugacoff, A., & Szewach, C. E. (2023). *Infancias en duelo*. Otro Cauce.
- Bruner, Norma. (2013). Juego y melancolía. Acerca de “los juegos de duelo” en la infancia. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
<https://www.aacademica.org/000-054/668.pdf>
- Bruner, N. (2002) Luto y melancolía en la infancia. Revista Fort-Da, N°5
recuperado de: <https://www.fort-da.org/fort-da5/luto.htm>
- Cala, G. (2020) *La función paterna y el juego: Dos operadores del psicoanálisis con niños*.XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires
<https://www.aacademica.org/000-007/418>

- Dueñas, G. (2012) *El papel actual de las escuelas en los procesos de subjetivación*. En *Revista Generaciones Pensar con el psicoanálisis niños/as-adolescentes y familias*. Bs.As. EUDEBA.
- Freud, S. (1908/1979) *El creador literario y el fantaseo*. En *Obras completas*: (Vol.9,pp.123-135) Amorrortu Editores
- Freud, S. (1917/1979) *Duelo y melancolía*. En *Obras completas* (Vol.14, pp.235-257) Amorrortu Editores
- Freud, S. (1920/1979) *Más allá del principio de placer*. En *Obras completas* (Vol.18, pp.1-62) Amorrortu Editores
- Grigoravicius, Marcelo y Toso, Agustina (2021). *Niños en duelo: manifestaciones clínicas y simbolización*. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- <https://www.aacademica.org/000-012/661>
- Janin, B. (2019) *El sufrimiento psíquico en los niños*. Buenos Aires:Noveduc.
- Klein, M. (1940). *El duelo y su relación con los estados maníaco depresivos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963/2006). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (2013). *Andamios del psicoanálisis. Lenguaje vivo y lenguaje muerto en las teorías psicoanalíticas*. Buenos Aires: Paidós.
- Tkach, C. (2000). *Juego y supuesto saber*. Seminario en Psicoanálisis. Conicet.
- Winnicott, D. (1971) *Realidad y juego*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A